

estética al hacerse por el uso, lugar común. La literatura nueva, sustentada en las metáforas más atrevidas deviene, al fin, en literatura muerta si sólo hay metáforas y no palabras, modernidad y no humanismo. Para que la modernidad sea clasicismo futuro, es decir, modernidad perenne, precisa equilibrio en el texto, ajuste entre forma y contenido. (Acudo a estos términos tan desacreditados por la verborrea formalista, para revalorizarlos.) Ramón tiene la soberbia humildad del payaso cuando escribe.

#### 2.4. *¿Greguerías o ramonerías? De la creación a la automoribundia*

Por modestia, o por sentido del humor, Ramón Gómez de la Serna no puso a sus peculiares invenciones el nombre de ramonerías. Si miramos al diccionario y a lo que son las greguerías, hubiese sido una denominación acertada. Si por curiosidad consultamos el D.R.A.E. leeremos: Ramón: 1. «Ramojo que cortan los pastores para apacentar los ganados en tiempo de mucha nieve o de rigurosa sequía»; 2. «Ramaje que resulta de la poda de los olivos y otros árboles». Ramonear: 1. «Cortar las puntas de las ramas de los árboles»; 2. «Pacer los animales las hojas y las puntas de las ramas de los árboles, ya sean cortadas antes o en pies tiernos de poca altura». Ramón el sustantivo y ramonear el verbo. ¿Qué son las greguerías sino ramas, frases, puntas del discurso, ramaje de la poda de la lengua, ramonerías? Armado de tijeras cortaba Ramón las puntas más tiernas, poéticas, y más ingeniosas del árbol de la escritura. Sentado en un sillón indagaba las cosas más tontas, filosofía elemental, poesía del sentido común. Hacía los descubrimientos más bellos e inútiles. Meta-física de autor por casa, metáfora en la forma o ultra-poema en el contenido, unidos en la chispa metafórica. Ramón cuidaba su árbol de la lengua con el mimo de cada día y le sacaba sus mejores hojas, las más tiernas, casi florales, en las ramonerías que cortaba o escribía.<sup>26</sup>

En Ramón la calidad de página se elevaba a la quintaesencia en la calidad de línea, en el milagro instantáneo y luminoso de la metáfora. Su prosa se resume en un retablo barroco, repleto de imágenes, resplandeciente de oros u oropeles. Tal abigarramiento cansa. No se pueden leer seguidas muchas greguerías sin caer en el fastidio. La prosa de Ramón es excesiva en especies o deslumbramientos. Fatiga al paladar, escuece al gusto. No hay en ella equilibrio ni discurso sosegado. Su prosa se fractura en múltiples imágenes, en una luz explosionada de fuegos artificiales, que en su brevedad, tampoco alcanza la cima de la poesía. Ramón es un inventor de metáforas que no engarza, que las deja huérfanas, perdidas a su destino incierto, fuegos fatuos que brillan un momento y desaparecen.

El aforismo nace y muere en sí mismo. Es unión de contrarios, intensidad. Soplo de vida o epitafio. Rayo que traspasa o perfumada rosa. Breve pasión estremecida por el escepticismo. En el aforismo el deseo poético, la ingenuidad, es traspasada por la duda filosófica. Es un poema destruido en filosofema. A la greguería, le falta íntima pasión. Es un juego infantil como un acertijo, basado en asociaciones ingeniosas, que a veces eleva la vulgaridad a un vuelo corto de poesía.

<sup>26</sup> Hasta el final de su vida siguió Ramón escribiendo greguerías, según puede comprobarse en la lectura de los dos Diarios póstumos, que nos han llegado, tan mutilados.

«¡No somos nada! Es terrible e irreparable que se le salga al tirante uno de sus broches». Lo que parecía, al principio, una intensa reflexión metafísica acaba en la misma broma, en el disparate frívolo. Ramón es un escritor barroco que intenta romper la rígida máscara mortuoria de la existencia mediante el esbozo de una sonrisa. Es un humor que quiere ser inocente pero que es trágico, tocado por el aire del absurdo. «La calavera tiene ya ojos de fondo de tierra; miran por ella los agujeros de los grillos y de los ratones.» En la calavera, ninguna huella del alma; sólo una caricatura macabra. El humorismo es una autodefensa contra la angustia. El buen humor es un antídoto vital contra el mal humor. Sólo los necios no sufren, aquellos que ni sienten, ni piensan. Un poeta latente como Ramón, tiene una gran sensibilidad para gozar y para sufrir. El humorismo es el bálsamo contra el dolor de vivir, el salto a la ilusión creadora sobre los marasmos del tedio. El juego ramoniano hay que leerlo en el contexto de la creación incesante, un acto vital frente a la nada de la página en blanco, frente a la muerte. Se equivocan aquellos que sólo ven en Ramón al escritor feliz e intrascendente, al artista circense de la pluma y de la lengua. Había en él una fina sensibilidad, dolorida a veces, curada por el humor y no por otra medicina: «Le sacaron la medicina del frasco en que estaban todas las medicinas para el corazón, pero no le sirvió».

Ramón segrega greguerías, ingenios de pluma y lengua, para evitar la confesión del pensamiento esencial, la poesía íntima que él desarticula con el humor y que vende como metáforas en el Rastro de su literatura. Da un rodeo para evitar el poema esencial. Con la ironía diseca las metáforas. Las greguerías de Ramón, nacidas muchas de ellas de la asociación de ideas, no son tan espontáneas como puedan parecer. Hay un juego, y riesgo, continuo por buscar lo sorprendente. No es una escritura natural sino muy artificiosa, tremendamente barroca. (De un barroquismo no interior y trágico, sino exterior, lúdico.) Pero nadie, ni siquiera el humorista más ingenuo, juega con la sombra de la propia muerte sin temerla. Ramón derrochaba intrascendencia creadora como remedio contra el desasosiego íntimo en el que no quería entrar. La greguería era un hábil invento para disolver la hiel de la filosofía, el dolor de pensar, en el agrisado humorismo, un arreglo entre el sentido trágico de la existencia y las ganas de vivir, en cuyas componendas ya había andado Ramón de Campoamor. Pero lo que en este Ramón es poesía de vuelo corto y filosofía práctica de andar por casa, es en Gómez de la Serna metáfora arriesgada, ingenio literario.

Gómez de la Serna no pretendía ser un pensador, ni siquiera un poeta. Era un escritor que incansablemente generaba literatura.<sup>27</sup> Un creador continuo de novedades, cazador de greguerías: «Atrapamoscas de la greguería, tengo que pasarme muchas horas con el brazo extendido y haciendo gestos como de detenedor de acciones en un campo de aterrizaje». También escribe Ramón: «Para crear greguerías hay que ordeñarse los pelos uno a uno». Se ponía en trance de escribir greguerías como trabajo y pasión para darles categoría de género indeleble y forma personal. Rechaza, adrede, lo trascendente, por ya sabido, por su pesado aburrimiento. Su escritura no es indagación de la sabiduría, sino la creación continua, el descubrimiento poético y humorístico, siempre

<sup>27</sup> Para la valoración de Ramón véanse los breves artículos que le dedican Luis Cernuda en *Estudios sobre poesía española contemporánea, 1957*, y Pedro Salinas en *Literatura española, siglo XX, 1949*.

original, de la realidad circundante. Cualquier nimiedad puede ser motivo de greguería. Hay como un intento de hacer perdurable lo pequeño y hasta lo vulgar. La greguería es como una fotografía que recordase para siempre una ocurrencia.

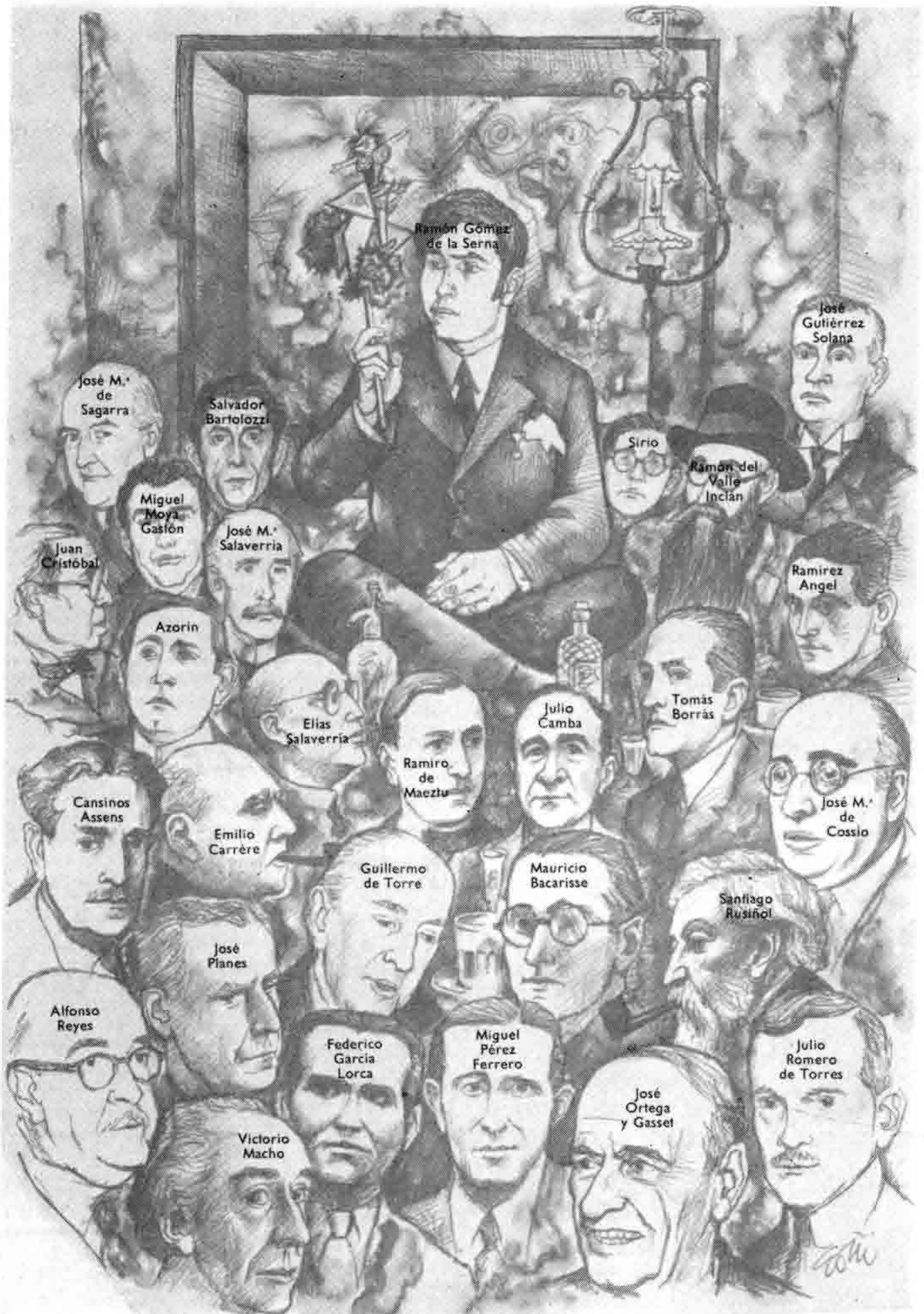
El humor nos hace escapar de la tristeza de la muerte. ¿Tomaremos una greguería como antídoto, como solución, contra la angustia? «Todo acaba en una llamada telefónica —888888— cochería funeraria», escribe irónico Ramón. Su humor nunca es negro —y aquí reside un rasgo especial de su barroquismo—, no es trágico, sino divertido, hasta cuando escribe de las situaciones más serias: «Quitad bien el apresto de las sábanas nuevas. Yo me acostaré en sábanas marmóreas más que si fatalmente están bordadas en ellas esas iniciales que nos igualan a todos: R.I.P.» El juego de la oposición, el contraste conceptista, le hace decir: «Muerto: boda con ciprés».

Ramón escribe y juega para espantar los demonios interiores, a veces, al borde del histrión o del payaso. Su escritura se convierte en exhibición circense, en palabrería de tertulia. Sin embargo, en el interior de la noche, cuando la conciencia habla, cuando calla la greguería, escribe: «Hay noches en que en el corazón hay un profundo pozo en el que parece que nos podemos caer».

Ramón salía del fondo de sí mismo, donde se pierden los espíritus más melancólicos y pensativos. Le salvaba el humor, la falta de trascendencia que buscaba en su escritura. Su inconformismo teórico, del manifiesto inicial, se realizaba en la práctica de la greguería, que no sólo era su género literario, sino también su especial visión del mundo.

**Amancio Sabugo Abril**





Goñi: *La tertulia de Pombo*